AL PEREGRINO
DE TIERRA SANTA

Aquel despotismo de la Sublime Puerta; los soeces sarcasmos, las terribles vejaciones que siglos anteriores, sufrían los Católicos en Palestina; los inminentes riesgos que á cada momento corrían las vidas de los señores viajeros por estos caminos en otras circunstancias, infestados de salteadores, ya gracias al Cielo, todo ha desaparecido. Las prolongadas distancias que separaban á la Europa del Asia; los gastos mismos y aun las molestias inseparables de un tan largo y penoso viaje también se han disminuido considerablemente, merced á la actual facilidad de las comunicaciones y al comercio entre los pueblos más distantes. Además los Hijos del Serafín de Asís reconocidos por custodios de los Santísimos Lugares, así por la Sede Apostólica como por los Gobiernos Europeos y Otomanos, contribuyen en gran manera á la facilidad que hoy se encuentra en hacer la peregrinación á los Santuarios donde se efectuó el humano rescate; puesto que no solo en todo tiempo y á todas horas tenemos franqueadas las puertas de nuestras pobres moradas, para dar á los peregrinos una cordial y gratuita acogida, sino que, tomándolos bajo nuestra protección, los guiamos por estos países extraños, y les proporcionamos todos los medios más económicos conducentes al fin de su sagrada empresa. Por eso vemos hoy complacidos, aumentarse cada día el número de los cristianos, que, de ambos sexos y de todas partes, vienen á porfía ansiosos de besar las huellas sagradas que en este bendito suelo, dejó estampadas nuestro Divino Redentor. Y con justísima razón, pues que el más digno de encomio, el más sagrado de todos los viajes es ciertamente la peregrinación á la fragante y aromática, á la bella y misteriosa Tierra de Canaán, purpurada con la preciosa *Sangre del Hombre Dios.*

Aquí en verdad así como el sabio encuentra un vasto campo abierto á sus investigaciones científicas, así el devoto no puede dar un paso sin dejar de sentir un no sé qué de extraordinario en su corazón, saludablemente conmovido al recuerdo de tantos y tan sublimes misterios escriturarios. ¡Ah!

¿quién podrá decirnos las dulces emociones, los ardientes afectos, las inspiraciones divinas que experimenta el alma fiel entonces cuando puede decirse á sí misma: Hé aquí la *Gruta* donde nació Jesús mi Salvador! Hé aquí el *Gólgota* donde fué crucificado y muerto el Rey de Paz, el Santo de los Santos, por lavar con su propia *Sangre* todos mis pecados! Hé aquí la *Sacra Tumba* donde fué sellado Aquel, á quién no puede contener el universo, y de la cuál salió triunfante y glorioso por abrirme las puertas de la Gloria!..... ¡Oh misterios inefables, en cuya consideración extasiado el espíritu, la lengua enmudece para poder explicar los sentimientos de ternura que brotan del corazón! No hay ningún católico que al visitar con sincera piedad los SS. Lugares, no derrame ardientes lágrimas de amor y compunción, y no regrese á la madre patria lleno de celestial consuelo, reputando por muy bien empleados todos los sacrificios de su empresa santa. Sí; el mismo Dios se complace en derramar á torrentes sus gracias y dones celestiales sobre tales peregrinos, que no buscan otra cosa que la santificación de sus almas, y la gloria de su amante Salvador.

Ea pues, cristiano devoto, movido del deseo de enriquecer tu pobre alma con tales y tantos tesoros celestiales, resuélvete de una vez á emprender el santo viaje de Jerusalén, con la firme convicción de que *Jesús* y *María* serán contigo.

BREVE RESEÑA DE TIERRA SANTA

I. Sabido es que Can hijo de Noé engendró á Canáan, cuya pastoridad, según el Génesis, fué muy numerosa. Sus hijos Sidón, Heteo, Jebuseo, Amorreo, Gergeseo, Heveo, Araceo, Sineo, Aradio, Sarameo y Amatheo dieron origen á otros tantos pueblos del Asia, diferentes en realidad, pero circunscritos al país de Canaán, y conocidos todos bajo la denominación de Cananeos. Entre éstos hallábanse también los Enaceos, Rafaítas (célebres ambos pueblos por su talla extraordinaria), los Cineos, Cenezeos, Cedmoneos, Fereceos, Filisteos, Fenicios etc. Todos ellos pues, habitaban en la antigüedad la denominada *Tierra de Canaán*, que poseyeron más tarde los Hebreos ó Israelitas, en virtud de las promesas hechas por Dios al Patriarca Abrahám (1). En las terribles y sangrientas luchas que el pueblo de Israel tuvo que sostener con sus mancomunados y fieros enemigos, muchos de éstos pagaron con la vida la resistencia que oponían á los conquistadores, otros se vieron obligados á emigrar á lejanos países, pero algunos lograron mantenerse en su territorio, ó en sus fronteras; permitiéndolo así el Señor para tener á su pueblo en continua vigilancia, y amaestrarlo en los combates.

II. Conquistada por los Hebreos la deliciosa tierra de Canaán, en sumo grado fértil y rica en toda clase de frutos, se denominó *Israel* (nombre que dió el Señor á Jacob), ó *País de Israel*, *Tierra prometida* ó *de promisión*, *Tierra del Señor*, *Montañas de Israel*; más tarde, *Tierra de Judá* (2), *Judea*, *Palestina* ó *Filistea* (3), etc., y ultimamente los Cristianos la llamamos *Tierra Santa*, por haberse realizado en ella los estupendos y sagrados misterios de nuestra Redención. Sus límites fueron la Siria y parte de la Fenicia al Norte, el Mediterráneo y el país de los Filisteos al Occidente, la Arabia

(1) Gen. XII. — XV. — 18.

(2) Desde el cisma de las diez tribus bajo el reinado de Roboám, hijo y sucesor de Salomón, se dió el nombre de Judá al territorio ocupando por las dos tribus de Judá y Benjamin; pero después de la cautividad de Babilonia, el nombre do Judá vino á generalizarse, y se aplicó á todo el país de Israel.

(3) También en su origen Palestina ó Filistea comprendia solamente el territorio de los Filisteos, formado por las satrapias de Accarón, Geth, Azoto, Gaza y Ascalón; pero más tarde los Griegos y Romanos dieron dicho nombre á la tierra habitada por los Israelitas.

Petrea al Mediodía, y la Arabia Desierta al Oriente, en cuyas dos últimas fronteras habitaban los Amalecitas, Cineos, Idumeos, Madianitas, Moabitas, Amorrheos, Ammonitas, los pueblos de Galaad, Basán etc.

III. Aunque los Hebreos en la época de su gloriosa conquista formaban trece tribus (por haber sido reemplazada la de José por las dos de sus hijos Efraím y Manasés), sólo doce tomaron parte en el sorteo de las tierras, conforme á lo predispuesto por Moisés, y realizado más tarde por Josué. La tribu de Leví ó Sacerdotal fué la que quedó excluida de aquella repartición, pero en cambio se le adjudicaron los sacrificios y víctimas del Señor, los diezmos y primicias de todos los frutos y cuarenta y ocho ciudades con sus respectivas campiñas, para pasto de sus ganados. Entre dichas ciudades levíticas esparcidas en todo el territorio de las doce tribus, seis fueron llamadas de *Refugio,* porque servían de asilo á los desgraciados que se hubiesen hecho involuntariamente culpables de algún crimen. Éstas eran *Cedes* en Galilea, *Siquém*, *Hebrón*, *Bosor*, *Ramoth*, en Galaad, y *Gaulón* en Basán. Es también de advertir que el territorio perteneciente á la tribu de Manasés, estaba dividido en dos partes, una al Este, y la otra al Oeste del Jordán; de donde resultaban trece comarcas, tres de las cuáles correspondían á la parte Oriental, y las diez restantes á la Occidental del mismo rio.

IV. Ahora bien: las tribus que estaban al Oriente del Jordán, en la dirección de Mediodía á Septentrión fueron: la de *Rubén,* la de *Gad* y la *media de Manasés.* Situadas al Occidente de dicho rio, hallábanse la de *Neftalí* en la parte más septentrional, la de *Aser* al OE. de la anterior, y luego á continuación de estas dos, descendiendo hacia el Sur, venían la de *Zabulón*, la de *Isacar*, la *semitribu occidental de Manasés*, la *tribu de Efraím*, la de *Dan*, *Benjamín*, *Simeón* y últimamente la de *Judá.* Ésta en un principio tenía mayor extensión, mas como las tribus de Dan y Simeón tomaron parte de su territorio por el Oeste, esta circunstancia estrechó considerablemente sus límites.

Dueños, pues, los Israelitas de la Tierra Prometida tan conforme con el concepto que de ella se habían formado antes, y hecha su repartición según la ley de Moisés, no se descuidaron en engrandecer su naciente Estado; y si bien, por altos designios del Señor, no pudieron exterminar á todos sus

enemigos, lograron sin embargo consolidar su estabilidad y extender grandemente sus conquistas hasta los gloriosos tiempos de David y Salomón, en cuyos reinados, los límites de Israel abrazaban la mayor parte de la Siria y los países comprendidos entre el Éufrates, el M. Rojo, el Egipto y el Mediterráneo. Hasta entonces la nación Santa se mantuvo unida, disfrutando pacíficamente de una tierra, cuyas delicias y fertilidad pintan las SS. Páginas con los colores más halagüeños y seductores. Los célebres montes del *Líbano*, ó *Lebanón* (blanco) en hebreo, hacia el Norte, conservando como en depósito las nieves, refrescaban con ellas á su tiempo aquel aromático ambiente; las montañas de *Basán* y *Galaad* al Este, y las de *Seír* ó *Idumea* y *Hor* al Sur, defendían el país de los abrasadores vientos del desierto. Los ríos y torrentes, y el rocío que descendía durante la noche lo fertilizaban de tal modo que era la admiración de todos sus habitantes, derramando por todas partes el verdor, la vida, la abundancia y la riqueza. Sus fecundas llanuras y risueñas campiñas, sus deliciosas vegas y hermosas colinas esmaltadas de rica vegetación, á la par que formaban un pintoresco panorama y ameno pensil, ofrecían los más lozanos frutos y nutritivos pastos. La viña, el olivo, la higuera, el naranjo, el granado, el plátano... los frutos de toda clase; el sicómoro, el ciprés, los arbustos y plantas medicinales, las bellas y aromáticas flores..... todo vegetaba en abundancia y por doquiera de modo, que era el embeleso del pueblo escogido. Éste muy placentero se reunía en Jerusalén donde estaba el soberbio y celebérrimo Templo erigido por Salomón, y allí en la presencia de la Majestad de un Dios simbolizada por una especie de niebla que se aparecía milagrosamente sobre el Arca de la Alianza, mostrábase reconocidísimo ofreciendo mil y mil holocaustos, y entonando sublimes himnos de gloria y cánticos de alabanza á su Libertador y Soberano Autor de tantas maravillas. Tal era el estado de felicidad y de contento en que se hallaban los Hijos de Israel antes de su obstinada prevaricación.

V. Pero desde el día en que se alejaron de su Soberano Protector y persistieron en sus maldades, atrajeron sobre sí y aun sobre el país mismo las más terribles calamidades, con que el Señor les había ya amenazado: «Mas si obstinadamen-
» te os apartáreis vosotros y vuestros hijos, no siguiéndome
» ni guardando mis mandamientos....., quitaré á Israel de

» la superficie de la Tierra que les dí, y echaré lejos de mi
» presencia el Templo que he consagrado á mi nombre; é Is-
» rael vendrá á ser el proverbio y la fábula de todas las gen-
» tes. Y esta casa será para escarmiento: todos los que pasaren
» por ella, quedarán pasmados y silbarán y dirán: ¿por qué
» el Señor ha hecho así á esta Tierra y á esta casa? Y res-
» ponderán: porque dejaron al Señor su Dios, que sacó á sus
» padres de la tierra de Egipto, y se fueron tras los dioses
» ajenos....; por eso el Señor ha traído este mal sobre ellos (1) ».

¡Terrible lección para los Cristianos que después de haber abrazado la verdadera fe, y catado los pastos de las celestiales doctrinas, se alejan de su amante Redentor, por seguir las falsas ilusiones de los secuaces del Antecristo!

VI. El Eterno, que castiga en los hijos la iniquidad de sus padres hasta la tercera y cuarta generación (Exod. XX-5), justamente indignado contra su ingrato pueblo, visitó en efecto con vara de hierro sus iniquidades, y con duros azotes sus pecados. Abominó su Heredad, destruyó sus vallados y fortalezas, echó por tierra el Santuario, y acabó por entregarla en manos de las naciones, despojándola de su esplendor y majestad, y cubriéndola de ignominia y confusión. *Abominatus est (Dominus) hereditatem suam, et tradidit eos in manus gentium.... Destruxisti omnes sepes ejus.... Profanasti in terra Sanctuarium ejus.... Destruxisti eum ab emundatione; et sedem ejus in terram collisisti. Minorasti dies temporis ejus: perfudisti eum confusione* (Sal. 105 y 88). Y hé aquí porque todavía tan pérfida generación

« ¡Sola está, sin pontifice ni leyes,
Magistrados, altar, templo ni reyes!...
. . . . . .
Suspira horriblemente por el día;
De noche sin consuelo también llora,
Y su mejilla lánguida, sombría,
Horada el llanto, y el pesar colora (2). »

Pero en vano: habló el Señor en sus adorables juicios y decretó su ruina..... En su consecuencia, maldito también el país ha venido á ser siempre la más ambicionada presa de sus enemigos, los cuáles penetrando en él una y mil veces á sangre y fuego, talaron sus fértiles campiñas, asolaron sus ricas

(1) III Rey. IX — 6, 7, 8, 9.
(2) De V. y A.

y hermosas ciudades, y cubriéndolo de ruinas lo dejaron en la desolación más deplorable. De los Asirios ó Ninivitas pasó al dominio de los Caldeos ó Babilonios, de éstos al de los Medos ó Persas, cayó más tarde en poder de los Griegos, experimentó luego el yugo de los Egipcios y Sirios; después por disturbios intestinos, el de los Romanos.... y últimamente el de los Musulmanes, bajo cuya cimitarra continúa todavía. De modo que aquella tierra que en otro tiempo era la admiración de todos sus espectadores, la vemos hoy con dolor, despojada de sus prístinas bellezas, formando por lo mismo notable contraste con las descripciones bíblicas.

VII. Pero ¿donde tuvieron origen tantos males? En el Cisma. *Omne regnum divisum contra se, desolabitur: et omnis civitas vel domus divisa contra se, non stabit:* Todo reino dividido contra sí mismo, desolado será: y toda ciudad ó casa dividida contra sí misma, no subsistirá, dice el Señor por S. Mateo (Cap. XII — v. 25). En efecto: Después de la muerte de Salomón la monarquía Hebrea se dividió en dos reinos (3.025 — 975): el de Judá compuesto de las dos tribus de Judá y Benjamín que permanecieron fieles á Roboám hijo y sucesor de Salomón, y el de Israel formado por las otras diez restantes, las cuáles eligieron por su príncipe á Jeroboám, empleado que había sido en la Corte del Rey Sabio. Jerusalén continuó siendo la Capital del primero, y Siquém, Thersa y Samaria lo fueron sucesivamente del segundo. En éste, que se había separado de su Dios y de su Rey, triunfaron la impiedad y la idolatría; en aquél, aunque oscurecida frecuentemente la religión, no dejó siempre de conservarse. Pero al fin, ambos reinos por su infidelidad y perfidia, por sus discordias y abominaciones, tuvieron que padecer cual más, cual menos, infortunios y calamidades sin cuento, los horrores del cautiverio y últimamente el exterminio. Cumpliéndose en ellos aquello que dice el Señor en los Proverbios, cap. XIV — v. 11: *Impii de terra perdentur: et qui inique agunt auferentur ex ea:* Los impíos serán exterminados de la tierra, y los malvados arrancados de ella.

VIII. El impío y malvado Acaz rey de Judá, estrechado de Rasín rey de Siria, y de Facees rey de Israel, en vez de recurrir á Dios que le suscitaba tales enemigos para castigarle, llamó en su auxilio á Theglathfalasar, primer rey de Asiria ó de Nínive, quién redujo al extremo el reino de Israel,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

llevándose cautivos á muchos de sus habitantes, y arruinó completamente al de Siria; pero taló al mismo tiempo el de Judá que había implorado su asistencia (3.260 — 740). De esta suerte los Reyes Asirios se abrieron el camino de Palestina, y resolvieron su conquista empezando por el reino de Israel, que Salmanasar hijo y sucesor de Theglathfalasar, destruyó enteramente hacia el año 3.278 de la Creación, y 722 antes de Jesucristo; en cuya época las diez tribus, en las que había desaparecido el culto del verdadero Dios, fueron trasportadas á Nínive, y esparcidas entre los gentiles, allá terminaron los días de su desgraciada existencia. Los pocos Israelitas que pudieron librarse del cautiverio fueron mezclados con los pueblos Asirios que habían venido en remplazo de los desterrados, y por las costumbres paganas con que acabaron de adulterar la ley de Moisés, se denominaron Samaritanos, persistentes siempre en el odio que abrigaban las diez tribus contra los Judíos.

IX. El reino de Judá, aunque no tan impío como el anterior, tuvo que experimentar sin embargo, como el de Israel, el merecido castigo de sus maldades. En la primera expedición que Nabucodonosor II rey de los Caldeos y Asirios, hizo contra Jerusalén, hacia al año 606 a. de J. C., se apoderó de la Ciudad, profanó el templo, se llevó á Babilonia parte de los vasos sagrados y á Daniel con otros muchos de los más nobles del país (1). En la segunda acaecida tres ó cuatro años después, causó mayores estragos, y en la tercera finalmente montado en furor, á causa de la rebelión de Sedecías, entró á sangre y fuego en el reino de Judá, pasó á cuchillo á gran número de sus habitantes, se apoderó de todos los vasos y utensilios sagrados, entregó á las llamas el templo, el palacio Real y demás edificios é hizo trasportar al cautiverio de Babilonia, á todo el resto del pueblo Judaico, á excepción de muy pocos que habían quedado por cultivar las tierras, bajo el gobernador Godolías, nombrado por el mismo Conquistador. De esta manera asolado el reino de Judá, dejó por entonces de existir, es decir, en el año 3.412 de la Creación, y 588 a. de Jesucristo.

X. En esta época vivía Jeremías, y el Señor permitió que se quedase con los que se habían librado de la esclavitud, á fin de consolarlos y llorar con ellos sobre las ruínas de la desgraciada Hija de Sión. ¡Ay! exclamaba en sus lamentaciones:

(1) Desde entonces comienzan á contarse los 70 años del cautiverio de Babilonia vaticinado por Jeremías.

ALEPH

¡Qué desierta! ¡Qué triste, desolada,
La Ciudad tan poblada!
La que de las naciones fué señora,
Cual viuda jóven gime abandonada;
Tributo paga ahora
A nacion extranjera,
La que tantos tributos impusiera.

BETH

Oculta entre las sombras, triste llora,
Que el dolor la devora;
Cruel el llanto abrasa su mejilla;
En su noche, de luz consoladora
Ni un solo rayo brilla.
La han despreciado todos sus amigos,
Y se han vuelto implacables enemigos.

GHIMEL

Por terribles cadenas oprimida,
Huye Judá, la vida
Buscando y la paz entre les gentes,
Y la tranquilidad apetecida
Le niegan inclementes.
La estrechan con rigores
Por todas partes sus perseguidores.

DALETH

De Sión están las vías enlutadas
Porque á las renombradas
Solemnidades la nación no asiste;
Las puertas todas yacen derrumbadas;
El Sacerdote triste
Gime, y la Vírgen, de amargura llena,
Entre sollozos da al viento su pena.

HE

Sus despojos disfruta su enemigo,
Justísimo castigo
De inmensa muchedumbre de pecados;
Y sin patria, sin paz, sin un amigo,
Caminar maltratados,
Miro á sus pequeñuelos
Pobres cautivos en lejanos suelos.

UAU

La hija de Sión contempla con tristeza
Perdida su belleza
Cual carneros dispersos que no hallan
Pastos, así la flor de su grandeza.
Por esto sufren, callan,
Y marchan maltratados, quizá heridos,
Por sus perseguidores conducidos.

ZAIN

Graba Jerusalén en la memoria
De su aflicción la historia,
Cuando por viles prevaricaciones
Perdidos ve sus bienes y su gloria,
Y á enemigas naciones,
Mirándola impotente,
Escarnecer las creencias de su gente.

HETH

Enorme fué sin duda tu pecado
Que Dios ha castigado
Mandando errante vagues por el mundo.
Quien ayer te elogió, te ha despreciado,
Al ver tu cieno inmundo.
Tú misma, sollozando, siempre triste,
Tu afrenta y tu vergüenza comprendiste.

TEHT

Con su inmundicia vil sus piés manchaba:
Loca, no meditaba,
Del pecado las negras consecuencias:
Hoy que profundo abatimiento graba
Su fruto en las conciencias,
No halla paz, ni consuelo;
Halla altiva la tierra y sordo el cielo.

JOD

Del Santuario al tesoro más precioso
Extiende codicioso
El enemigo temeraria mano.
En los sacros recintos orgulloso
Penetrara el pagano...
¡El pagano á quién veda la ley Santa
Hollar el templo con su impura planta!

CAPH

El pueblo todo estaba atribulado,
De buscar fatigado
El necesario pan para la vida.
Su más rico tesoro había dado
Por mísera comida.
Señor, mi abatimiento
Mira: mírame, esclava y sin sustento.

LAMED

Mirad los que cruzáis por el camino,
Si existe otro destino
Como el mío, tan triste y desgraciado.
La implacable ira del furor divino
Mis campos ha talado.
He quedado en la Edad profetizada,
Cual viña por su dueño vendimiada.

THAU

Perdóname, Señor, mis extravíos,
Condena mis desvíos
Cual mis maldades todas condenaste;
Mas descarga el furor en los impíos
Cual en mí descargaste
De tu ira Omnipotente
El rayo que abrasó cruel mi frente.

D. I.

Entre tanto que así endechaba el Profeta de los Trenos sobre la infortunada Jerusalén, arrepentidos de sus pecados, suspiraban igualmente los desterrados derramando lágrimas de amargura y compasión:

Super flumina Babylonis, illic sedimus et flevimus, cum recordaremur Sion.....

Cuando presos pasamos
Los rios de Babilonia sollozando,
Un rato nos sentamos
Á descansar llorando,
De tí, dulce Sión, nos acordando.

Allí, de descontentos,
Colgamos de los sáuces levantados
Los dulces instrumentos,
Que en Sión acordados
Solían tañer á Dios salmos sagrados.

Colgámoslos de enojo
Al ver que aquellas bárbaras naciones
Tuviesen cruel antojo
De oir cantar canciones
Á quien llorar hacen mil sinrazones.

Ellos, como se vieron
Cerca de Babilonia en su región,
«Canta y tañe, dijeron,
Y no cualquier canción,
Sino uno de los cantos de Sión.»

Con amargos extremos
Les respondimos: «¿Presos en cadena
Nos mandáis que cantemos
Salmos en tierra ajena
De Dios y de toda cosa buena?»

Si yo mientras viviere
De tí, Jerusalén, no me acordare
Doquiera que estuviere,
Que ausente me hallare,
De mí me olvide yo si te olvidare.

Si en tal prisión y mengua
Puesto, por mi canción fuere cantada,
La voz ronca y la lengua
Al paladar pegada
Quede, de haber cantado, castigada.

Si estuviere contento
Sin tí, Sión, mi bien y mi alegría,
Con áspero tormento
Pague el placer de un día
Con mil años de pena el alma mía.

Ten ¡Oh Señor! memoria
De los hijos de Edón en la alegría,
De tu Ciudad y gloria,
Vengando en aquel día
Su furia, crueldad y tiranía.

Castiga á estos feroces
Guerreros, que venciendo, no contentos,
Dicen á grandes voces:
«Derribad los cimientos;
Asolad, asolad los fundamentos».

¡Oh, Babilonia triste!
Dichoso el que te diese el justo pago
Del mal que nos hiciste,
Y dijera: «Yo hago
En nombre de Sión aqueste extrago».

Y en la justa venganza,
Más bendito será quien más llevare
Por rigor la matanza,
Á los niños que hallare
Con piedras sin piedad despedazare.

Fr. L. de L.

XI. De esta manera suspiraron los atribulados Hebreos por su amada patria durante 70 años, al cabo de los cuáles movido el Señor á piedad de su desgraciado pueblo, les envió un generoso libertador. El magnánimo Ciro Rey de Persia, cuyo Imperio se extendía por entonces (3.464 — 536), sobre la Media, Caldea y Asiria, restituyó á las Judíos en el mismo año, todos los vasos sagrados que Nabucodonosor les había arrebatado, y publicó además un edicto en favor del pueblo de Dios para que pudiese restituirse á su antiguo país y reedificar el templo de Jerusalén. Inmediatamente después de la publicación de dicho decreto, Zorobabel acompañado del Sumo Sacerdote Josué hijo de Josedec, condujeron á sus hogares más de cuarenta mil de los cautivos, levantaron á su arribo un altar al Señor para ofrecerle sus acostumbrados sacrificios, y echaron asimismo los fundamentos del segundo templo, que fué terminado al cabo de 21 años, en el sexto del reinado de Darío Histaspe. Regresaron más tarde los restantes, y merced al celo de Esdras y Nehemías, y á la influencia que éstos tenían en la Corte de los Reyes Persas, lograron los Judíos restablecer á Jerusalén con sus murallas, torres y puertas, durante el reinado de Artajerjes Longimano (3.546 — 454), á pesar de las fuertes oposiciones de los envidiosos Samaritanos, que no poco habían ya trabajado antes, por impedir la reedi-

ficación del templo. Tenemos pues, á la nación Judaica comenzando á disfrutar de sus antiguas solemnidades; pero no duró ésto mucho tiempo, pues, no obstante la severa lección de tantos infortunios, se hizo rea de otros tantos crímenes, y el Señor enojado hasta el extremo se vió precisado é entregarla de nuevo en poder de sus enemigos.

XII. Bajo la dominación Persa gozaron los Judíos de mucha libertad y más todavía bajo la de los Griegos, en tiempo de Alejandro Magno; mas no sucedió así después de la muerte de este valeroso Guerrero, porque el yugo de los Egipcios, especialmente el de los Sirios agobió en tal manera tan duras cervices, que hubieran ya quebrado á no valerles la virtud y el heroísmo de los cinco Macabeos: Mathatías, Judas, Jonatás, Simón y Juan Hircano, que reinaron sucesivamente en Judea, revestidos de la dignidad Pontifical y del Principado. Éstos, llenos de un santo celo por la gloria del Señor, destruyeron los altares idolátricos, purificaron el templo que había sido profanado por los Sirios, restablecieron el culto del verdadero Dios é hicieron tantas proezas de valor, que los Reyes de Siria se vieron constreñidos á reconocer su imperio en toda la Judea. Juan Hircano I que fué el último de tan gloriosos caudillos, después de haber sacudido para siempre el yugo de los Seléucidas tomándoles muchas ciudades, volvió sus armas contra los Samaritanos, destruyó su Capital y el templo del monte Garizín; sujetó á los Idumeos, extendió sus conquistas por la Galilea, fortificó las murallas de Jerusalén, construyó grandes edificios, y en fin, dejando establecida la paz en sus Estados, terminó felizmente sus días en el año 3.898 de la Creación, 102 antes de J. C., y 31 de su glorioso gobierno.

XIII. Después de su muerte, la Judea comenzó á figurar otra vez como reino, mas nuevas disensiones intestinas suscitadas ya por la ambición y crueldad de los sucesores de los inmortales Asmoneos, ya por el odio y envidia de los hipócritas Fariseos, Saduceos y Esenos, vinieron á obscurecer la gloria de la nación Judaica, la cuál subyugada por Pompeyo en el año 59 a. J. C., quedó como todo el resto de la Palestina, convertida en provincia Romana.

XIV. Más tarde Herodes el grande hijo del idumeo Antípatro, aprovechándose de las discordias judaicas y turbulencias romanas á causa de la muerte de Cesar, logró cautivarse la benevolencia de los nuevos triunviros, especialmente de

Marco Antonio y Octavio, y así consiguió el dominio de la Judea con la investidura y título de Rey (3.964 — 36). Con ésto había perdido Judá el cetro, y llegado el tiempo en que iba á ser enviado el Salvador prometido según la predicción de Jacob: «No será quitado el Cetro de Judá, ni de su mus» lo el Caudillo, hasta que venga el que ha de ser enviado, » y él será la expectación de las gentes (1)».

XV. Después que Herodes ocupó el trono (3.967 — 33), procuró ganarse la voluntad de los Judíos, reedificando al efecto las murallas de Jerusalén destruidas en las pasadas guerras, y restaurando el templo que embelleció en gran manera; pero no pudiendo lograr su intento con tan cumplidos obsequios, temeroso de perder el cetro, resolvió acabar con toda la descendencia Real, no perdiendo ocasión en deshacerse, bajo cualquier pretexto, de todas las personas que encuentra del Linaje Real de Judá. Confunde á su arbitrio la sucesión de los Pontífices, enerva la autoridad del Consejo de la nación, manda matar á los setenta Jueces del Sanedrín, y turba en suma, todas las cosas de los Judíos. Cansados éstos de ver tantas atrocidades ejecutadas por semejante Tirano, no tuvieron otro remedio que rendirse después de 31 años de resistencia, prometiéndole fidelidad y obediencia.

XVI. Arrancado así el cetro irrevocablemente de las manos de Judá, hé aquí el tiempo tan suspirado por los Patriarcas y profetas en que *las nubes debían llover al Justo, y la tierra brotar al Salvador*. Efectivamente, el 25 de Diciembre del año 4.000 de la creación, 40 del imperio de Cesar Augusto, y 33 del reinado de Herodes, cuando la noche se hallaba en medio de su carrera, la Inmaculada Virgen María descendiente de la Familia Real de David, á los 9 meses de haber concebido en sus purísimas entrañas, por obra del Espíritu Santo, al Hijo del Eterno Padre, dió á luz en el establo de Belén al divino Infante llamado por Isaías, el Dios Fuerte, Admirable, Autor de la Paz, Padre del siglo venidero. Luego que nació, una nueva estrella, figura de la luz que había de iluminar á los gentiles, se deja ver en Oriente y conduce al Salvador, aunque recien nacido, las primicias de la gentilidad convertida. Un poco después este Señor, tan deseado, va á su santo templo, y Simeón tomándole en sus brazos le mira y predica como la *Gloria de Israel y Luz de las naciones.*

(1) Gen. XLIX. 10.

XVII. Con el nacimiento de Jesucristo comienza la denominada Era Cristiana, Era verdaderamente de paz y felicidad para los verdaderos Creyentes, así como de angustia y desolación para los incrédulos é impíos. El ambicioso y cruel Herodes, tres años después que hubo degollado á los inocentes de Belén, sólo por el vano temor de que el *Recien Nacido* le arrebatase el cetro, fué aplazado al Tribunal Divino para dar cuenta de todas sus tiranías. Sorprendióle entonces la enfermedad de la muerte. Su cuerpo comenzó á podrirse y á brotar por todas partes un hormiguero de gusanos que le devoraban vivo; y así hediondo, padeciendo los más terribles dolores murió al fin, desesperado y aborrecido de todos. Su Reino que abrazaba toda la Palestina, fué dividido entre sus tres hijos Arquelao, Filipo y Antipas. Arquelao con el título de *Ethnarca*, que quiere decir mitad de un reino, obtuvo la Idumea, Judea y Samaria; á Filipo con el de *Tetrarca*, esto es, cuarta parte de un reino, le tocó la Galilea Superior, ó de los Gentiles, la Traconítida, Galonítida, Iturea, Auranítida y Batanea; y á Herodes Antipas, con igual título, le cupo en suerte, la Galilea Inferior y la Perea propiamente dicha.

XVIII. En medio de las subsiguientes turbulencias de la nación Judaica que después del destierro de Arquelao (10), vino á ser nuevamente gobernada por Presidentes romanos, comenzó Jesucristo á la edad de 30 años á predicar su Evangelio, revelando los secretos que veía desde la eternidad en el seno de su Padre. Pone los fundamentos de su Iglesia con la vocación de los doce pescadores (1), y coloca á S. Pedro al frente de su Rebaño (2). Recorre nuestro amante Salvador la Palestina, á la cuál llena de sus beneficios socorriendo y sanando milagrosamente á los enfermos, apiadándose de los pecadores, y haciendo experimentar á los hombres, una autoridad y mansedumbre que jamás se había visto sino en su divina persona. Anuncia estupendos misterios, pero los confirma con grandes milagros; exige elevadas virtudes, pero da al mismo tiempo mayores luces, extraordinarios ejemplos y abundantes gracias; puesto que bajó del Cielo y habitó entre nosotros, lleno de gracia y de verdad: *Plenum gratiæ et veritatis*, para purificar nuestras almas, colmarnos de sus dones y disipar nuestras tinieblas; instruyéndonos en su Sta. Ley, é inspirándonos las reglas puras de su sagrado Evangelio. Pero este

(1) S. Mat. X — 21. (2) Id. XVI — 16.

Señor el más hermoso y perfecto entre todos los hombres: *Speciosus forma præ filiis hominum* (1); la misma *Santidad* y *Bondad* por esencia de cuya plenitud nosotros lo recibimos todo (2), se hace lo más aborrecido y lo mas odiado de los de su mismo pueblo, á quiénes anuncia prácticas sólidas de acendrada virtud. Éstos asidos á las cosas temporales interpretan á su manera las Sagradas Escrituras, no pueden sufrir al Salvador del mundo, cierran el corazón á las saludables é incontrastables verdades que les predica, y llenos de furor lo prenden y llevan á Poncio Pilato (Presidente romano en la Judea), para que le condene al más infame suplicio. El Juez reconoce la inocencia del Reo, mas la política y el interés le hacen proceder contra su conciencia, condescendiendo al fin, con los gritos de la multitud, la cuál instigada por los hipócritas Escribas y Fariseos, clamaba furibunda: «Nosotros no tenemos otro Rey que el Cesar. Libra de las prisiones á Barrabás, y manda crucificar á Jesús Nazareno revolvedor de nuestra nación». «*Tolle, tolle; crucifige eum, crucifige*... Quita, quita allá; crucíficale, crucíficale.... Caiga su *Sangre* sobre nosotros y sobre nuestros hijos: *Sanguis ejus super nos et super filios nostros*». ¡Imprecación fatal! Jesús, nuestro amante Redentor, Dueño Soberano de todas las cosas (3), abandónase voluntariamente al ciego furor de sus ingratos hermanos, y ofrece el *Sacrificio* que había de ser la expiación del género humano. En la misma Cruz se compadece y ruega por sus fieros perseguidores, diciendo: *Pater dimitte illis: nesciunt enim quid faciunt:* Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen. ¡Oh caridad infinita! ¡Oh raro ejemplo de virtud! Mira después en las profecías lo que le falta por hacer: acábalo y dice al fin: Todo está consumado: *Consumatum est*, é inclinando la cabeza, espiró (4). Desde entonces todo cambia en el mundo: la antigua Ley cesa; sus figuras pasan, y quedan abolidos sus sacrificios por una *Oblación* de valor infinito. A la muerte del Salvador toda la naturaleza se estremece: los peñascos más duros se abren, el sol oculta su resplandor y la tierra se cubre de tinieblas. El Centurión pasmado, esclama: «Verdaderamente éste era Hijo de Dios», y los demás espectadores se retiran dándose golpes en los pechos. Al tercer día resucita y se aparece á los suyos para confirmarlos en

(1) Salm. XLIV — 3. (2) S. Juan. I. (3) S. Mat. VIII — 27.
(4) S. Juan. XIX — 30.

la fe, convenciéndolos de su gloriosa Resurrección. Conversa con ellos por espacio de 40 días, y después se sube al Cielo, prometiéndoles que les enviaría el Espíritu Santo. Cúmplese luego la promesa de nuestro amante Reparador al cabo de otros diez días, y los Apóstoles comienzan á predicar dando testimonio de Jesucristo, con una caridad, una dulzura y fortaleza que era la admiración de todos los espectadores, que de diferentes lenguas y naciones se hallaban entonces en Jerusalén. Los milagros acompañan á sus palabras: en dos sermones de S. Pedro se convierten ocho mil judíos, y llorando su error se lavan en la *Sangre* que cruelmente habían derramado. Así reprobada ya la Sinagoga, fué fundada la nueva Iglesia en Jerusalén á pesar de la incredulidad de casi toda la nación Judaica. La persecución se levanta, y los vientos del Averno comienzan á crujir espantosamente por destruir tan sólido edificio; pero la fe se aumenta, y los discípulos del Crucificado aprenden más y más á no desear sino el Cielo. Los desgraciados Judíos en su mayor parte, siempre obstinados en su perfidia á pesar de tantas maravillas, se atraen la venganza del Divino Juez, y en tanto que los Gentiles abren los ojos y se hacen hijos de Dios, aquellos se anticipan las extremas calamidades de que estaban amenazados: su estado y sus cosas empeoran y visiblemente declinan á su fatal ruina.

¡Tiembla, Jerusalén! Con el conjunto
Cargó de tus extremas liviandades.
¡Temblad, Judíos! se acercó ya el punto
Predicho en antiquisimas edades,
En que, á tu saña, el Criador difunto
Borre con sus tormentos tus maldades....
¡Temblad, verdugos! ¡Ay, temblemos todos
Que le hemos muerto de distintos modos!

V. A.

XIX. Mal avenidos los Judíos con el extraño dominio de los Césares, se revelaron, bien que inutilmente, repetidas veces; hasta que por fin, elevado al Imperio Vespasiano (70) determinó acabar con tan proterva nación, á quién ni los beneficios, ni los castigos contenían en los verdaderos límites de la justicia. Su total ruina decretada por Dios en el Cielo, á causa de su obstinada perfidia; fué puntualmente ejecutada por los Romanos en la tierra, con motivo de sus repetidas sublevaciones. El valeroso Tito elegido por Dios para la ejecu-

ción de tan severo castigo, se dirigió por orden de su padre Vespasiano contra la Judea, y el 8 de Setiembre del año 70 de nuestra gloriosa era, después de un desastroso sitio en que perecieron un millón y cien mil hebreos, la desgraciada Jerusalén fué tomada, saqueada, abrasada, y reducida á un cúmulo de ruinas. Del famoso Templo no quedó piedra sobre piedra, como ya lo había predicho Jesucristo: *Non relinquetur hic lapis super lapidem* (1). Igual suerte cupo á los demás edificios, á excepción de las torres Fasele, Hípicos y Mariana, que el Conquistador quiso dejar en pié para que indicasen á la posteridad, qué suerte de Ciudad y en qué modo fortificada había expugnado el valor de los Romanos (2). Tito era gobernado por órdenes superiores que no comprendía, pero que las estaba cumpliendo. En aquellos funestos días, muchos de los Hijos de Israel como cadáveres sin sepultura, sirvieron de pasto á las aves carnívoras; y los que se libraron de los filos de la espada, ó de los rigores del hambre, ó bien de la voracidad de las llamas, fueron llevados en cautiverio y vendidos por esclavos á las naciones para testimonio de los castigos del Cielo. Así conculcada por gentes extrañas la celebérrima Jerusalén, conforme á los eternos Oráculos: *Jerusalem calcabitur à gentibus* (3); la nación Judaica por haber desconocido al verdadero Mesías, dejó de ser para siempre el pueblo predilecto del Señor. La Sinagoga tolerada inutilmente en sus últimos días con la esperanza de su conversión, concluyó su carrera de un modo espantoso, y sus restos llevando impreso en sus pálidos semblantes el sello de la maldición divina, son el oprobio de todo el universo. Pudiendo decirse con el Poeta:

« Que la Ciudad de antiguo respetada
Hoy es ludibrio, confusión y nada.
. . . . . .
Nada sí; porque prendió al Ungido
Del Señor, y escupido y azotado,
Al monte del dolor lo hubo traído,
Y en la cima también crucificado.
Recuerde ¡cuántas veces le hubo herido!
¡Cuántas veces el rostro le ha pisado!

(1) S. Mat. XXIV. — 2. (2) De Bello Jud. Lib. VII — cap. 19.
(3) S. Luc. XXI — 24.